

## ***Capítulo General de la Orden del Císter***

Ariccia, 21 de octubre de 2022

### ***Discurso de clausura del Abad General Mauro-Giuseppe Lepori***

Queridas hermanas y queridos hermanos!

Hemos llegado al final de nuestro Capítulo General. Ciertamente estamos cansados, pues el trabajo ha sido mucho, y no pocos problemas de salud nos han acompañado, o al menos minado durante estos días. También se vivieron momentos de tensión entre nosotros, como es justo e incluso necesario durante un Capítulo General, porque no es una “vacación romana”, sino una obra de construcción, la de la edificación continua de nuestra Orden. La obra está siempre abierta, siempre activa en cada Congregación, en cada comunidad, en cada uno de nosotros, porque la obra a la que nos dedicamos es la venida del Reino de Dios en la historia. El trabajo es seguir a Jesucristo que, en su Cuerpo, que es la Iglesia, obedece al plan de amor del Padre, recorriendo toda la historia del mundo, de la humanidad, para llevarnos a todos juntos a la vida eterna (cf. RB 72,12). Esta obra está animada por el Espíritu Santo, el Espíritu de comunión en el amor, que nos permite actuar según la verdad en la caridad (cf. Ef 4,15).

La fraternidad que hemos visto crecer entre nosotros en estos días es la prueba de que el Señor ha escuchado nuestra petición del don del Espíritu Santo más de lo que podíamos esperar. Algo más grande que nuestros deseos y esfuerzos ha tenido lugar entre nosotros. Ha obrado y obra la gracia, la gracia de una comunión fraterna, de una sabiduría, de una alegría que no deja de sorprendernos. Dios sabe y siempre quiere obrar entre nosotros y en nosotros más de lo que somos capaces. Este es el carisma, el don de la gracia que Dios nunca se arrepiente de darnos. En estos días hemos renovado así la experiencia de que el carisma cisterciense que nos une, también con los demás miembros de la Familia Cisterciense y Benedictina, permanece vivo y se renueva continuamente, no por nuestro propio mérito, sino porque Dios es bueno con nosotros y con todos, con nosotros para todos.

Por eso, la actitud que estamos llamados a dejar que arda en nosotros es la gratitud a Dios y a los demás. La gratitud es la fiesta de los hijos de Dios hacia el Padre bueno, porque “eterna es su misericordia” (Salmo 135), porque siempre nos acoge a todos, nos abraza a todos, y al tenernos cerca de él, nos tiene cerca los unos de los otros, incluso y sobre todo si estuviéramos divididos, separados como los dos hijos de la parábola del padre misericordioso (Lucas 15,11-32), divididos en los sentimientos, en los juicios, divididos por nuestros errores, por nuestra fragilidad y, sobre todo, por el orgullo que siempre mina nuestro corazón. En la experiencia del abrazo del Padre, la unidad fraterna se recompone, renace, resucita, como el sol que disuelve la noche y la niebla que la ocultaba a nuestros ojos.

Hemos experimentado este abrazo del Padre en nuestro encuentro con el Papa Francisco el 17 de octubre. Era palpable cómo el encuentro con él, su acogida y caridad, su palabra, renovaban en nuestros corazones y en nuestros rostros la alegría de estar juntos, de caminar juntos. El Papa despertó en nosotros la esperanza que el maligno quiere robarnos. “Lo esencial -nos dijo el Papa- es no dejar que el maligno nos robe la esperanza. Lo primero que busca el maligno es robar la esperanza”.

Sí, la gran tentación para nosotros, como para toda la Iglesia, es la de perder la esperanza, la de vivir nuestras fragilidades como algo que apaga el carisma en nosotros. Pero también, perder la esperanza viviendo con orgullo la vitalidad que también se nos da, como si fuera un mérito propio y no una gracia de Dios al servicio de todos. San Benito nos invita, en la cima de todas las buenas obras y virtudes, a “no desesperar nunca de la misericordia de Dios” (RB 4,74). El fundamento inconmovible de nuestra esperanza, la roca muy sólida sobre la que se construye la esperanza, es la misericordia de Dios, la ternura del Padre, la humilde mansedumbre del Corazón de Cristo, la consolación del Espíritu. Los padres y madres de nuestra vocación, como San Bernardo, nos llaman con belleza y energía a redescubrir la firme esperanza de la fe en la caridad de Dios para con nosotros, a redescubrirla en la amistad de Dios que siempre podemos volver a encontrar y que regenera y alimenta la amistad entre nosotros.

Con esta esperanza debemos partir del Capítulo General, para llevarla a todos nuestros hermanos y hermanas, a todos los que de tantas maneras se nos confían en nuestras comunidades o en las obras pastorales, educativas, de acogida y misioneras que se nos confían. Incluso todos los documentos que hemos conseguido redactar o renovar, para apoyar la vida de la Orden, su buen gobierno, la comunión entre Congregaciones y comunidades, la formación y la capacidad de crecer o decrecer con la alegría pascual, todos estos documentos no servirían de nada si no sostuvieran nuestra esperanza en el Espíritu “que es Señor y da la vida” (*Credo*).

Es para mantener viva la esperanza que estamos llamados a caminar juntos, ayudándonos unos a otros, animándonos, corrigiéndonos si tomamos caminos equivocados o peligrosos. Para mantener viva la esperanza estamos llamados a escucharnos unos a otros, sin miedo a nuestras diferencias. Al escucharnos unos a otros con la verdad, siempre descubrimos que hay un factor de unidad y amistad más profundo entre nosotros que todo lo que pueda dividirnos. Jesús en medio de nosotros es siempre más fuerte y verdadero que el maligno que quiere dividirnos. ¡No nos cansemos de experimentar la victoria de Cristo en medio de nosotros, en medio de nuestras comunidades!

Pero desde que escuché el discurso del Papa Francisco en la audiencia del 17 de octubre, que no me canso de releer, me doy cuenta de que sus palabras son la síntesis más bella y útil de nuestro Capítulo. El Papa resaltó bellamente nuestro carisma, nuestra vocación, nuestra misión. Nos mostró la belleza del camino que nos toca recorrer juntos.

El Papa nos recordó que la comunión es ya en sí misma la meta del camino, un destino que alcanzamos inmediatamente, porque es un camino que sigue a Jesús, la fuente, la sustancia, el cumplimiento de la comunión trinitaria que se nos da por Él y en Él. El Papa nos recordó algo fundamental: que sólo mirando a Cristo podemos caminar juntos.

Jugando con el “subtítulo” dado a nuestra Orden, el de “observancia común”, Francisco nos recordó el corazón místico de nuestra vocación común: la contemplación de Jesucristo vivida en todas los pasos del camino de la vida.

El Papa Francisco nos dijo:

“La *observancia común*, entonces, como *un caminar juntos* detrás del Señor Jesús, para estar con Él, para escucharlo, para 'observarlo'... Observar a Jesús. Como un niño que observa a su papá, o a su mejor amigo. Observar al Señor: su forma de hacer, su rostro, lleno de amor y de paz, a veces desdeñoso ante la hipocresía y la cerrazón, y también turbado y angustiado en la hora de la pasión. Y este observar, hacerlo juntos, no individualmente, hacerlo en comunidad. Hacerlo cada uno con nuestro propio ritmo, ciertamente, cada uno con nuestra propia historia única e irrepetible, pero juntos. Como los Doce, que siempre estaban con Jesús y caminaban con Él. Ellos no se habían elegido a sí mismos, Él los había elegido a ellos. No siempre fue fácil llevarse bien: eran diferentes entre sí, cada uno con sus “aristas”, y su orgullo. Nosotros también somos así, e incluso para nosotros no es fácil ir juntos en comunión. Y, sin embargo, no deja de asombrarnos y alegrarnos este don que hemos recibido: ser su comunidad, tal como somos, no perfectos, no uniformes, no, no así, sino *con-vocados*, implicados, llamados a estar y caminar juntos detrás de Él, nuestro Maestro y Señor.” (Audiencia del 17.10.22)

Todo el discurso del Papa Francisco tendrá que acompañarnos en los próximos meses y años, tendremos que meditarlo y profundizarlo juntos, precisamente como síntesis de lo que este Capítulo General nos ha dado a experimentar y comprender. La audiencia del Santo Padre es una parte integral de este Capítulo General y es su corazón. Es como si Pedro hubiera venido a hablar entre nosotros, confirmando nuestra fe, renovando la caridad fraterna entre nosotros y reavivando nuestra esperanza. Pronto pondremos a su disposición el discurso del Papa en todas las lenguas de la Orden. Y agradezco al Señor y a la Iglesia poder retomar mi camino como Abad General, aunque tan imperfecto, llevando conmigo este nuevo mandato tal y como nos lo ha expresado el Papa, pero también enriquecido por las herramientas pastorales que hemos desarrollado juntos en estos días.

¡Caminemos juntos! Juntos con todas las diferencias que hacen que nuestra comunidad sea rica y hermosa. Hay diferencias que dividen, y de ellas debemos deshacernos con la ayuda del Señor. Pero hay diferencias que aumentan el esplendor sinfónico de nuestra Orden, y éstas debemos valorarlas, amarlas y estimarlas entre nosotros, con gratitud.

Y la gratitud es también mi última palabra al final de este Capítulo General. Gratitud a cada uno de los que estáis aquí, y también a los que no han podido venir o han tenido que marcharse antes. Gratitud a todos los trabajadores de esta gran obra del Capítulo General: !en primer lugar, al P. Procurador Lluç, luego a los miembros de la comisión preparatoria, de las distintas comisiones de los diversos temas, a los moderadores, al Fr. Andrea de Pra'd Mill por su incansable trabajo como notario; ¡Agradecimiento a la secretaria, Agnes, Piotr, Annemarie, y a los traductores (Annemarie Schobinger, P. Lluç, P. Steven de Dallas, P. Andrew de Phuoc Son, P. Guilherme de Claraval, P. Gregory de Jedrzeow, ...) a los intérpretes! ¡Agradecimiento a los expertos que nos acompañaron! ¡Gratitud a los que hicieron bella nuestra liturgia! ¡Gratitud a los que nos han acogido y servido en esta Casa! Agradecimiento a Dom Vladimir por los cuidados médicos con los que nos ayudó a protegernos y también a curarnos del Covid.

También estoy lleno de gratitud por el Consejo completamente nuevo que se me ha dado, sin olvidar mi gratitud a los Consejeros salientes que han servido a la Orden durante tantos años, especialmente la Madre Hildegard, Dom Vladimir, la Madre Kandida, ¡por nombrar sólo tres!

Gratitud también por el nuevo Sínodo que hemos elegido en el que tantas fuerzas jóvenes podrán renovar el dinamismo sinodal de nuestro camino.

¡Gratitud a la Virgen María, que nos ha protegido con su intercesión, y a los santos que han rezado especialmente por nosotros en estos días!

Sobre todo, ¡demos siempre gracias a Dios, que es fiel a sus dones y que nunca dejará de llamarnos y enviarnos a vivir el carisma cisterciense en la Iglesia y para la Iglesia!

Como nos ha pedido el Papa: ¡miremos a Cristo, observemos a Cristo! ¡No mantengamos la mirada fija en nosotros mismos, y no nos escudriñemos unos a otros! O si lo hacemos, ¡hagámoslo para reconocer a Jesús presente en cada uno de nosotros, Él, el verdadero esplendor de cada rostro, de cada vida; Él, la verdadera alegría de cada encuentro entre nosotros y con todos!